Dámaso Alonso, poeta del 27*

Dámaso Alonso es un intelectual escindido entre dos mundos: Escila y Caribdis, el ensayo y la poesía.

Al acabar de publicarse el volumen VIII de su *Obras completas* en Gredos —nos ocuparemos de ello con más detenimiento en estas mismas páginas—, culmina su labor como ensayista, autor de uno de los trabajos más brillantes y lúcidos de la filología contemporánea.

Pero hora es también de recordar que Dámaso Alonso es poeta del 27, indisolublemente ligado a esa generación de la Amistad, incitador de la misma desde sus comienzos.

En la generación del 27 se aglutinan varias tendencias literarias muy distintas. Cada poeta perteneciente a ella era grande, con una soberbia personalidad. Tenemos el lujo de la imagen en Alberti, Lorca, G. Diego. La cosmovisión profunda en Guillén y Salinas. La sencillez del sentimiento humano de Cernuda, Prados, Altolaguirre, y, en un sentido distinto, Dámaso Alonso.

Dámaso Alonso, como Guillén, Salinas y Cernuda, participa de la inteligencia crítica que rompe con el tópico antiguo de que un buen poeta no puede ser un buen estudioso de la literatura. Pone su sensibilidad poética al servicio de la inteligencia, con mayor intensidad que estos autores.

Pero ahora nos toca ocuparnos del Dámaso poeta, miembro de esa familia de elegidos que configuran una auténtica Edad de Plata que todavía destella.

Esta pequeña antología que nos presenta el autor en Cátedra, es un libro hecho con cariño. Hay una evocación nostálgica de su biografía en las páginas introductorias que tienen carácter testimonial de gran interés para los estudiosos del 27. Y la antología de poemas, en estricto desarrollo cronológico, permite una visión de conjunto, y una clara comprensión de la evolución poética del autor.

Poco podríamos añadir a los estudios sobre la poesía de Alonso realizados por A. Debicki (Madrid, Cátedra, 1974), E. Alvarado de Ricard y M. J. Flys (Madrid, Gredos), que inciden en el carácter existencial de su poesía (Flys) y en aspectos estilísticos y temáticos de la misma. Recordar una interesante edición de *Hijos de la ira,* realizada por E. L. Rivers, Barcelona, Labor, 1970, con amplia bibliografía. Pero la poesía de Dámaso Alonso ha sido ya fijada por la crítica, en sus aspectos fundamentales.

* *Dámaso Alonso:* Antología de nuestro monstruoso mundo. Duda y amor sobre el Ser Supremo, *Madrid, cátedra, 1985 (Letras Hispánicas, 228). Edición a cargo del autor.*

Esta antología que ahora se nos ofrece en edición de bolsillo contiene, como decíamos, el testimonio autobiográfico «Vida y obra» (pp. 9-57). Son una serie de notas anecdóticas y personales, que centran la figura del autor.

Dámaso Alonso se confiesa de manera elegantemente impúdica, como hombre que se debe a la eternidad y debe desnudar su mente. Nos cuenta acerca de su formación, de sus viajes, las clases de Von Wartburg en Alemania, estancia en Oxford, etc. Los momentos, clavados en el recuerdo, en que conoció a otros miembros de su generación y el modo como surgió la amistad, alrededor de la poesía. Recorre sus libros, comentando las circunstancias en que fueron creados, el sentido oculto o patente que en ellos se revela. Incluso se entretiene en recoger los versos predilectos de cada libro, que dan pie a sus anotaciones biográficas, adornadas por una curiosa iconografía —fotos desde su niñez a su madurez brillante de hoy—.

El poeta se manifieta con impúdico sentir, mostrando una intimidad testimonio de hechos graves de nuestra historia. Recorre con sus líneas el mismo centro que hizo con su vida, desde la atalaya ahora de la sabiduría y la plenitud.

El sentimiento del hombre («Soy hombre como un dios,/ soy hombre, dulce niebla, centro cálido,/ pasajero bullir de un metal misterioso que irradia la ternura.») está en la base de su poesía. El hombre en su soledad, que se enfrenta a la verdad suprema y, quizás, encuentra a Dios —que se pierde a veces entre las brumas de la guerra civil, en *Hijos de la ira.*

Dámaso Alonso comenta sus propios poemas, su obra poética profundamente humana. Y luego relata su ajetreado deambular cosmopolita, tan típico de esa generación universal de peregrinos.

Hay una profunda emoción recorriendo las líneas de su prólogo y su poesía. Y anotaciones importantes para entender su verso, y para entender al hombre que lo escribió y el momento en que surgieron.

Este texto, «Vida y obra», publicado originalmente en la Colección Pentesilea de Ediciones Caballo griego para la poesía, Madrid, 1984, es de gran interés para la crítica.

El tema fundamental de don Dámaso es la visión humanista de la existencia, basada en la soledad radical del hombre, quien trata de encontrar la compañía de un Dios fugitivo en diálogo abierto que evita cualquier asomo de clericalismo. Así ocurre en *Hombre y Dios.*

La forma, el estilo, es el de una poesía clara y sencilla, diáfana como la luz, expresión de sentimientos, medio por el que el poeta intenta situar su identidad, perpleja en el entorno asombroso —a veces incomprensible— del mundo.

Hay lugar para el humor en esta obra, pero no creemos que sea la nota más destacable sino en función de la humanidad siempre presente en esta poesía-testigo, poema-testimonio.

En un principio el poeta está absorto en la belleza. Juan Ramón está todavía cerca, los *Poemas puros...* Después halla una *Oscura noticia,* encuentra la «Dura luz

de muerte» («La muerte no tiene pasos/ cautelosos, ni guadaña./ La muerte es la luz (...)»), el amor, y también la soledad («Desde la entraña se elevó mi grito,/ y no me respondías. Soledad/ absoluta. Solo. Solo.»).

Lamentos y exclamaciones, fragmentos rotos del alma que se dispersan en el poema. Así nace *Hijos de la ira* con un sentimiento más terrible ante el drama absurdo de la guerra civil. En su insomnio recuerda que Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres. Dámaso Alonso, paseando su soledad en un paraje tan tremendo, grita que está cansado de tanto drama («nosotros, sí, los que estamos cansados,/ nosotros, sí, los que tenemos sueño.»). En la guerra el hombre y la sociedad, todo está desquiciado en medio de la niebla del espanto («Ojos abiertos, desmesurados en el espanto último,/ (...)/ No hay mirada más triste./ Sí, no hay mirada más profunda ni más triste.»). Los muertos reviven testigos de la injusticia y el desastre de nuestro cainismo («Ya asesinaste a tu postrer hermano:/ ya estás solo.»). Algo se ha roto en efecto, dentro del poeta que apenas se siente como hombre. Desesperanza, ausencia de sentido de la vida. Así surgen los versos libres, no sujetos a artificio estilístico, derramado corazón que se une al sufrimiento, único superviviente.

En este punto, la poesía de Dámaso Alonso es un signo de interrogación que gravita sobre el hombre. No hay aquí lugar para la mentira ni la imagen («Hombre,/ melancólico grito,/ ¡oh solitario y triste/ (...)/¿Y no es esa amargura/ de tu grito, la densa pesadilla/ del monólogo eterno y sin respuesta?»). Su verso es una carta personal e íntima, que dirige en lenguaje claro a un lector posible a quien quiere sentir cercano, partícipe de su dolor por tanta ceguera desatada, por tanta ruina inútil.

Luego, en *Hombre y Dios,* recuperará la esperanza. Pero la interrogación, la duda, nunca se apagará ya *(Duda y amor sobre el Ser Supremo).* Si acaso, gracias por la vida y por la luz («Gracias porque mi ojo es humano»), en *Gozos de la vista.*

Dámaso Alonso evoca en este auténtico diario poético que es su obra en verso, a sus amigos: Guillén, Panero, Vicente Gaos, Rafael Melero, Rafael Ferreres, Lorca... Siempre testimonial, siempre autobiográfico, sintiendo la poesía con la verdad de la propia vida, Dámaso es así el personaje que late oculto tras la mirilla de sus propios versos.

No otra cosa podíamos hacer que este recorrido breve, esta relectura nueva de estos versos de un poeta que no sólo estuvo profundamente enlazado con su generación, sino que sirvió de faro luminoso a los poetas de la familia siguiente, ajenos al brillo de la imagen libre, próximos a la verdad desnuda del hombre en su soledad radical y su esperanza.

Con su peculiar manera de hacer poesía, y su sentir personal y propio acerca de la vida, Dámaso Alonso es no sólo uno de los más importantes pilares de la filosofía del siglo XX, sino también esto: poeta de la generación del 27.

Diego Martínez Torrón